

Insólitas

**Relatos de autoras
de ciencia ficción y fantasía LGBT**

Varias autoras

LES
editorial

Primera edición en LES Editorial: noviembre de 2018

© de los relatos: las autoras, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

Diseño portada: LES Editorial

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-948263-7-5

Depósito legal: MU 1207-2018

IBIC: FL, FM

Impresión: PodiPrint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Somos volcanes.
Cuando nosotras las mujeres
ofrecemos nuestra experiencia
como nuestra verdad,
como la verdad humana,
cambian todos los mapas.
Aparecen nuevas montañas».

URSULA K. LE GUIN

Índice

Vexel	
Fani Álvarez	13
Amor de espinas	
Celia Añó	41
Anomalía	
Isabel Collazo	69
La reliquia del Titán	
Mar Hernández	91
Kalasona	
Patricia Macías	123
El precio de la inspiración	
Ana Morán Infiesta	143
99,9 %	
Andrea Prieto Pérez	169
Lux tenebrae	
Leticia S. Murga	195
Huesos de manzana	
Marina Tena Tena	221

Prólogo

Insólitas es un proyecto nacido en colaboración con La Maldición del Escritor a partir de Iridiscencia, el concurso que organizaron para fomentar la visibilidad de personajes LGBT+ en la literatura de ciencia ficción, fantasía y terror. La participación fue abrumadora y, en particular, los buenos relatos escritos por autoras fueron tantos que los organizadores se vieron en un serio compromiso porque no podían publicar todos los que hubieran querido... Y entonces surgió la idea de que LES Editorial reuniera algunos de esos relatos en una nueva antología solo de autoras.

El espíritu de LES Editorial comparte estos ideales de la convocatoria Iridiscencia, así que *Insólitas* nace del empeño en visibilizar y normalizar la presencia de mujeres LBT+ en historias de cualquier género, sin que sea su orientación sexual o identidad de género sobre las que orbite la trama. En demasiadas ocasiones hemos visto cómo se ha introducido en la literatura (si es que se ha hecho) la diversidad LGBT+ como algo accesorio, secundario, con arcos argumentales planos y superficiales y, a menudo, con trágicos destinos. Por eso no solo es importante cierto grado de representación, porque no basta con *cualquier* representación, sino que es necesaria una *buena* representación. Esto no debería ser noticia o revolucionario, pero, en cierto modo, aún lo es.

Los relatos de esta antología demuestran precisamente la natural inclusión de mujeres lesbianas y bisexuales en historias de ciencia ficción, terror y fantasía. Porque a ellas, como en la diversa vida real, les ocurren y les podrían ocurrir muchas cosas... que poco o nada tienen que ver con su orientación sexual. Sin embargo, debido a la escasa normalización en la literatura «sin etiquetas», que especifiquemos que son LBT+ es importante.

Estas son nuestras autoras «insólitas»: Fani Álvarez, neuropsicóloga de formación y escritora de ciencia ficción y fantasía, cuya distopía *Nivel 10* también hemos editado; Celia Añó, dibujante y escritora, comparte sus obras en el blog *La bruja del teatro*; Isabel Collazo ha estudiado magisterio y ha sido seleccionada en varias convocatorias para la Lista de Honor del Premio Jordi Sierra i Fabra; Mar Hernández es ilustradora y autora de *La Hermandad de los Dragones*; Patricia Macías es correctora y escritora de ciencia ficción, fantasía y terror; Ana Morán Infiesta ha escrito varios libros de fantasía y ciencia ficción y administra el blog *Historias desde la cueva*; Andrea Prieto Pérez es médica, escritora de ciencia ficción y fantasía y colabora en la web *La Nave Invisible*; Leticia S. Murga, traductora y escritora, es coautora de la serie *Diabolus in Música*; y Marina Tena Tena, docente de profesión, ha publicado relatos, sobre todo de terror, en diversas antologías.

Sobre el título, añadiremos que «insólitas» nos parece una palabra preciosa que, aunque pueda sugerir algo «raro» o «extraño», aquí la usamos por una de las acepciones que le otorga María Moliner en su diccionario: «Más grande o más intenso que lo acostumbrado: “Un espectáculo de una insólita belleza”».

Esperamos, pues, que disfrutéis del espectáculo.

Bárbara Guirao, editora de LES Editorial.

Vexel

Fani Álvarez

Fani Álvarez

Almeriense (1990), Fani Álvarez es neuropsicóloga de formación y escritora de vocación. Amante de la literatura en todas sus variantes, de la música, de las series y de los idiomas, le gusta incluir sus aficiones en sus textos. Comenzó a escribir con corta edad: desde historias donde había tesoros falsos y nuevas aventuras del rey Arturo (incluso en el apartado de actividades de los libros escolares), pasando por *fanfics* y relatos cortos; aunque fue en sus últimos años de Psicología cuando empezó a tomarse la escritura de forma más seria y logró así autopublicar *Nivel 10*, que LES Editorial ha reeditado bajo su sello. Escribe, sobre todo, ciencia ficción y fantasía, aunque se atreve con otros géneros. Fue ganadora del I Certamen de Relato Breve de la Universidad de Almería, del Concurso de Relatos Improvisados de la Feria del Libro de Almería y uno de sus relatos fue finalista en el I Concurso Literario Antro Narrativo. Actualmente, sigue trabajando en sus novelas y en su blog *La escritora entre el centeno*.

Twitter: @FaniAlvarez_

Vexel

Fani Álvarez

Gwen se despertó antes de que Mara le hubiera cambiado la bolsa de la vía. La morfina le habría hecho dormir más, pero en los últimos dos días no le habían administrado ninguna medicación, solo la solución nutricional que estaba programada para alimentarla cada ocho horas.

La pasada noche no había podido dormir. Ese día era el día. Estiró los dedos de la mano izquierda y palpó hasta que sintió el botón que elevaba el cabecero de la cama. Lo apretó. El silbido sobresaltó a Mara, que estaba leyendo las noticias en su Multi. Dejó el aparato en la mesita de noche y se levantó para mirar a Gwen.

—¿Estás bien? —preguntó con una voz suave.

Gwen estiró los dedos de la mano derecha y pulsó el botón «Sí». Mara sonrió. Sus ojos marrones estaban hinchados de no haber dormido y las ojeras hacían que pareciera que se hundían en dos pozos morados. La mujer cogió un pequeño casco de una bolsa y se lo puso en la cabeza a Gwen. Pulsó un botón y una tira de luces se encendió.

—¿Cómo te sientes? —preguntó de nuevo Mara.

—No podía seguir durmiendo. —El casco emitió una voz mecánica, sin tonalidad—. El dolor es terrible.

—Lo sé.

Mara estiró la mano, acarició con suavidad su mejilla y se agachó para besarla en los labios. Estaban secos y agrietados, por lo que les echó vaselina con cuidado. Gwen cerró los ojos al sentir el tacto cauto de su mujer y la comisura derecha de sus labios se retorció. Su nueva sonrisa desde hacía más de tres años.

—Voy a lavarte antes de que llegue el señor Delaney —dijo Mara y se dirigió al baño.

El ritual matutino tuvo lugar con normalidad: Mara la desvestía con cuidado, le flexionaba y estiraba las piernas para aliviar los músculos doloridos y las frotaba con una toalla suave mojada en agua y jabón. Procedía de igual forma con el tronco y los brazos, y después giraba su cuerpo hacia un lado para lavarle la espalda. Gwen sentía el frescor en su piel y la presión de la toalla le servía de masaje. Mara la volvía a vestir y ejercitaba sus extremidades de nuevo.

—Cierra los ojos —le pidió cuando empezó a lavarle la cara.

Una vez que acabó, la peinó y la roció con colonia para disimular el característico olor de la piel que no se lava apropiadamente. Mara se había quebrado la cabeza cientos de veces para encontrar una manera de duchar a Gwen de forma segura; incluso había solicitado una ducha adaptada, pero su petición había sido declinada por la antigüedad de su apartamento, por lo que el gobierno no podía financiarla y ninguna empresa privada podía aceptar el trabajo. Se habían acabado acostumbrando a ello; uno de los muchos cambios que habían tenido lugar en sus vidas en los últimos tres años.

—¿Qué hora es? —preguntó la voz mecánica.

Mara sonrió y sacudió la cabeza, como si no hubiera nada que pudiera hacer para cambiar la forma de ser de su mujer.

—No llegará hasta las diez.

Gwen torció el labio y, tras un momento, sus ojos se ensombrecieron y la voz preguntó:

—¿Se lo has dicho a Sophie?

Mara tragó saliva y asintió.

Amor de espinas

Celia Añó

Celia Añó

Escritora y dibujante, lleva compartiendo historias en su blog (*La bruja del teatro*) desde 2012. Ha participado en varias antologías tanto con cuentos como ilustraciones (*Mundos fantásticos*, *Antología fieles*, *De-Tinta...*) y auto-publicado varias historias cortas en formato electrónico (*Donde sueñan las libélulas*, *Witchgus* o *Héroe y demonio*). 2018 es el primer año en el que publica con una editorial.

Twitter: @BrujadelTeatro

Amor de espinas

Celia Añó

El pasado la esperaba al otro lado de la puerta como solo pueden hacerlo los recuerdos olvidados y las visitas inoportunas: agazapado y dispuesto a sorprender en el momento más inesperado. Nat no sospechaba nada y por eso se estaba secando el pelo con una calma de gato somnoliento. Se sentía satisfecha, feliz, realizada pese a que no había sucedido nada especial. Estaba contenta y punto, por eso tataba entre dientes, aunque el ruido del secador se llevaba cualquier atisbo de música. Antes de abrir la puerta guardó los trastos, dejó la toalla en su sitio, recogió la ropa —la limpia y el montón para lavar— y, haciendo malabarismos para que no se le escurriesen los calcetines, salió del baño. Y de esa guisa, con las gafas empañadas por el vapor, el pelo todavía húmedo y en pijama de ositos, la encontró el mago.

Ella se quedó paralizada, demasiado aturdida como para entender qué hacía un desconocido en su piso.

—¿Eres el novio de María? —preguntó. No recordaba si su compañera tenía pareja o no, pero era lo primero que se le había venido a la cabeza.

—¿Quién es María?

—¿Quién eres tú?

Nat no reconoció a ese fragmento de su pasado por lo emborronado que tenía el cristal de las gafas. Veía manchas de colores, el perfil de unos rasgos desconocidos, una voz que no recordaba haber escuchado y, sin embargo, cuando el desconocido se presentó, cuando dijo ese nombre, se hizo la tonta. Porque era imposible que Zacharye estuviese en su pasillo. Aunque, bien pensado y ahora que por fin el cristal se estaba desempañando, tenía cierto aire. Tampoco es que supiese cómo era Zacharye en carne y hueso, pero de serlo sería así: no muy alto y con tendencia a inclinarse, más delgado que esbelto, con una melena azul verdoso que le caía por los hombros y los ojos ámbar. Esto último era un dato en el que todas parecían coincidir para escribir *fanfics*, el resto solía depender de lo oficial y la imaginación de cada una. Había incluso quien le alteraba la personalidad al intentar representarle en un cuento o cómic, pero esa sonrisilla divertida que dejaba entrever que él hacía lo que quería cuando quería era muy de Zacharye.

—Es un disfraz estupendo. —Asintió Nat—. Ahora, ¿qué haces en mi casa?

—No es un disfraz, soy de verdad. —El joven suspiró. Habría quien diría que era irresistiblemente hermoso, pero la belleza es un concepto subjetivo y la joven no terminaba de encontrarle guapo—. Imaginaba que esto podría suceder. Por favor, no grites.

Llevaba una vara, por supuesto, más de un metro de madera incatalogable que se retorció en la punta para formar un símbolo rúnico. Toda ella estaba repleta de cristales incrustados que centellearon en azul eléctrico cuando el mago cerró los ojos. Zacharye susurró un conjuro que se escuchó como música. La rosa apareció entre sus dedos al mismo tiempo que se inclinaba ante la joven, que seguía oculta tras el montón de ropa sucia. Con una rodilla hincada y el brazo extendido, el mago parpadeó sin dejar de sonreír.

—No has gritado —observó—. Ni siquiera has reaccionado.

—Si no he gritado al ver a un extraño en mi casa, no iba a gritar por esto. Yo... —Nat titubeó—. Sé que eres real. Creo que

Anomalía

Isabel Collazo

Isabel Collazo

Nació en el norte de España, donde todo es verde y el buen tiempo escasea, tierra mejor conocida como Asturias. Allí estudió Magisterio y en la actualidad se pelea muy fuerte con las oposiciones. Desde bien pequeña se interesó por la lectura y, posteriormente, encontró en la escritura una afición con la que poder disfrutar después del colegio. Participó en varios concursos hace unos años, sobre todo, le gusta recordar el Premio Jordi Sierra i Fabra para jóvenes escritores, donde consiguió quedar en Lista de Honor de Oro y Lista de Honor de Plata en los dos años que participó. Se considera una persona tranquila que es feliz con Netflix y un colacao calentito. Adora todo lo relacionado con Disney (*La sirenita* es su templo) y las películas de Barbie, y ameniza su TL con canciones siempre que puede. Además de leer, escribir y pasarse horas viendo clásicos de Disney, también dedica más tiempo del que debería jugando a *Kingdom Hearts*, *Uncharted*, *Tomb Raider*... En definitiva, es más de casa que las zapatillas.

Twitter: @Cachivaches1125

Anomalía

Isabel Collazo

El amor puede aparecer de muchas formas: a veces se manifiesta en una sonrisa, una caricia o puede que una mirada. Nadie está nunca seguro, pero cuando lo sientes, sabes que está ahí; puede darse entre dos personas o entre varias, no hay límites, ni siquiera los de la imaginación, querida niña. No hay normas ni reglas que te dicten cómo has de vivirlo, nadie debería nunca romper esas alas. El amor fluye sin ataduras, a veces es más grande y otras se hace pequeñito, casi invisible a los ojos humanos, mas incluso ahí, sigue siendo amor. Es el sentimiento más puro que alguien puede disfrutar.

Es amor, Leira, y nunca muere.

Abrió lentamente los ojos, sintiendo las gotas de agua cayendo sobre su frente y con la voz de la anciana todavía resonando en los recovecos más hondos de su mente. Se incorporó despacio, echando a un lado los cartones que le habían servido de manta aquella noche y, bostezando, miró a su alrededor. Había sido un sueño, más bien un recuerdo, pero uno bonito y casi efímero al mismo tiempo. Leira se desperezó, permitiéndose unos segundos más allí quieta, en aquella ratonera con la única

compañía de la mugre, la suciedad y algún que otro animal que, todavía entonces, la miraba con recelo, como recriminándole que no hubiese pedido permiso para guarecerse esa noche. Pero Leira no había encontrado más escondite que aquel y, aunque a ella tampoco le hacía gracia, no tuvo elección. Se rascó la nuca, luego gateó con cuidado de no hacer ruido hasta la abertura en la pared, donde ya se podía vislumbrar la luz del día. Debía darse prisa, pues Capitana Roma no tardaría en enviar nuevamente a sus soldados tras ella. Miró a un lado y a otro del callejón, comprobando que continuaba sola, después se caló la capucha de la sudadera, recolocando los mechones de su pelo castaño teñido hacía apenas unas horas, y salió del agujero. Las piernas le temblaron durante unos segundos y el corazón, quizá sabiendo que se encontraba de nuevo expuesta a algo peor que la muerte, comenzó a latir con frenesí. Trató de respirar hondo, convenciendo a sí misma de que todavía tenía unas horas para cruzar la ciudad y estar más cerca de su destino. Un viaje sin retorno que no le aseguraba para nada seguir respirando. En realidad, tenía claro que no volvería con vida.

Metió las manos en los bolsillos y, con la cabeza gacha para evitar miradas indiscretas, decidió tomar el camino de la izquierda, a paso lento, pero decidido. Nadie osaría fijarse en ella porque nadie, absolutamente nadie, se fijaba en otra persona. Así funcionaba la nueva sociedad, la Era de la Perfección, como se vendía en los medios. Jamás había creído que tal era pudiese existir y, de hecho, ahora que vivía en un prototipo de lo que llegaría a ser, se negaba a creer que algún día el gobierno encontrase esa perfección de la que tanto se enorgullecía.

Tropezó con un hombre parado frente a ella y antes de que él se girase, ella se mordió el labio y tocó su brazo de manera involuntaria.

—Perdone —dijo disculpándose, sin embargo, enseguida se dio cuenta del error que acababa de cometer.

El hombre terminó de girarse y la miró directamente a los ojos. Leira tragó saliva e intentó no perder el control, pero era algo muy complicado cuando mirabas, literalmente, a la nada.

La reliquia del Titán

Mar Hernández

Mar Hernández

Ilustradora y artista conceptual de videojuegos desde hace 17 años.

Hace mucho tiempo, el Arte y las Letras se enfrentaron en una gran batalla que decidió su futuro. Ganó el Arte, pero nunca ha dejado de escribir. Hace algunos años decidió que no quería que sus historias quedaran olvidadas en un cajón y se tomó muy en serio lo de convertirse en escritora. Desde entonces está trabajando en una saga de fantasía juvenil, cuyo primer libro, *La Hermandad de los Dragones*, publicará en 2019. También ha participado en concursos de relatos, talleres y se ha esforzado en aprender todo lo que un escritor profesional necesita saber.

Twitter: @Mariadelmalh

La reliquia del Titán

Mar Hernández

Me llamo Kael. Kaeldris, como se llama mi madre y se llamaba mi abuelo, mi bisabuela, mi tatarabuelo y cualquiera en la familia que hubiera nacido con la «bendición» de los Guardianes, que no consistía en otra cosa que tener los ojos rasgados y de color violeta. No había nada más que nos hiciera especiales, aparte de una forma y un color heredado de nuestros creadores: los Titanes.

Tengo dieciséis años y nadie tuvo la decencia de preguntarme si en el futuro querría heredar de mi madre el puesto de Guardián de Raiyaick, la capital del reino. Con cinco años me metieron en la Escuela de los Elegidos para que me convirtiera en guía espiritual; en un símbolo al que la gente venerara, rezara, pidiera consejo y proporcionara soluciones con un chasquido de dedos. ¡Ni que fuéramos dioses!

A día de hoy, en la Era Moderna de los Humanos, todos los Guardianes del reino son gente sin la «bendición» ni los poderes sobrenaturales de nuestros antepasados, aquellos que salvaron al mundo de la ira de los Titanes y evitaron el exterminio de los humanos.

Por eso, el mundo entero está atestado de personas normales y corrientes, incluyéndome a mí. No me siento especial

ni bendecido por haber heredado algo tan útil como una forma y color de ojos raros que decidieron mi destino antes de nacer.

Así que todos los días me levanto preguntándome qué hago yo en esta Escuela, rodeado por jóvenes que proceden de las familias más influyentes y adineradas del reino y haciendo todo lo posible por no convertirme en lo que el resto del mundo quiere que sea.

Al despertarme esa mañana sabía que iba a ser uno de esos días en los que era mejor quedarse en la cama. Llevaba más de una semana sin dormir bien por culpa del trabajo que me había mandado mi tutora. Así que mi nivel de torpeza había llevado mi trasero huesudo al despacho de Gala, la directora de la Escuela de Elegidos. Una institución prestigiosa por formar a los Guardines del reino; a los «adornos» de las ciudades, como me gustaba llamarlos.

Era la tercera vez esa semana que estaba en ese despacho claustrofóbico y la directora no parecía muy contenta de volver a verme. Me miraba a través de sus gafas de cristales verdes, que hacían equilibrios en la punta de su nariz respingona. Su boca apretada era una línea que se torcía hacia la derecha en una mueca de desaprobación.

—No lo hice a propósito —me esforcé como nunca para parecer arrepentido. Era una táctica que solía funcionar para librarme de una buena sanción.

—¡Chsss! —Ella levantó su dedo índice y la manga de encaje de su vestido quedó suspendida en el aire—. Le recomiendo que mantenga la boca cerrada, señor Kaeldris, si no quiere empeorar más las cosas.

Esta vez no había salvación posible para mí, así que, resignado, me dediqué a pasear los ojos por el despacho. El lugar era oscuro y estaba atestado de libros y objetos decorativos. Había más historia en esa habitación que en la mayoría de libros de la biblioteca.

La única pared libre de estanterías era la que había tras la directora, vestida de terciopelo verde. Allí por lo menos podía

Kalasona

Patricia Macías

Patricia Macías

Patricia Macías (Puerto Real, 1997) es correctora y escritora de fantasía, ciencia ficción y terror. Algunos de sus relatos han formado parte de antologías y revistas. Entre ellos podemos destacar «El cuidado de los ojos», que trata sobre miedos que nos incapacitan para seguir con nuestras vidas, y que aparece en la antología *Terroríficas*. También «Explorando el futuro», relato de ciencia ficción cuyo tema principal es la sororidad y que fue seleccionado en el II Premio Ripley. Otros de sus relatos pueden encontrarse en las antologías *Mundos Fantásticos* y *Mundos Apocalípticos* por pago social en Lektu. Profundamente interesada en la historia y en el *worldbuilding*, a veces escribe hilos históricos en su cuenta de Twitter, donde es muy activa. Actualmente se encuentra terminando diferentes proyectos mientras estudia Humanidades y Traducción e Interpretación en Sevilla.

Twitter: @QuillRain49

Kalasona

Patricia Macías

Yo había entrado a palacio a hacerme con tanta arena morada como cupiese en mi mochila, no para quedarme prendada de una bailarina. Estaba fracasando, por lo visto.

Aquella mañana me había levantado temprano y me había vestido con mis mejores ropas. Todos los habitantes de Adryae acudían ese día a los jardines de palacio, donde se organizaban bailes y distintos juegos y actividades para celebrar la nueva forma de gobierno: la tetrarquía. Yo, Kala, la mejor ladrona de todo Péndulo desde Chor Izo, tenía que aprovechar esta oportunidad como fuese para entrar por fin en palacio, donde nunca nadie había conseguido robar. Sí, aquel día el palacio también contaría con muchísima más vigilancia, pero en cualquier otro momento simplemente no habría podido cruzar las puertas de la entrada sin que me detuviesen por no ser de la familia real.

No obstante, de nada me estaba sirviendo haber llegado hasta allí dentro si me quedaba embobada con una bailarina real, aunque tuviese unos ojos negros y grandes preciosos y una piel que parecía suave como la arena del desierto. Me abofeteé la cara y me obligué a seguir adelante, escabulléndome entre la multitud, intentando no escuchar la música que me pedía que

volviese de nuevo mi vista hacia la hermosa bailarina. Cuando por fin me sentí a salvo en un rincón donde no había nadie, escuché cómo la música también cesaba y pude relajarme de nuevo, volver a tomar posesión de mi cuerpo y de mi mente, centrándome en lo verdaderamente importante: el dinero.

Pasar desapercibida con una kaita, una falda tradicional de difícil elaboración, larga y pesada y que tiene hasta piedras incrustadas, no es sencillo. Esconderse, mucho menos. Eres torpe y haces un ruido constante, las piedrecillas chocando unas contra otras con cada uno de tus movimientos. No podía continuar con mi plan con esa vestimenta, era una reflexión a la que había llegado en casa, pero no podría haber entrado en palacio con ropa de batalla, con la indumentaria verdaderamente cómoda para hacer magia. Tampoco era una opción haberla metido en la mochila, ya que las revisan en la entrada. ¿Para qué quería una persona llevar puesta la ropa de batalla cuando va a una celebración? Para nada bueno. Así que quedó descartado tan pronto como se me pasó por la cabeza.

Me senté dejándome caer contra la pared y abrí la mochila. Como necesitaba una excusa para llevarla, había metido dos naranjas y una botella de agua. Era bastante normal que la gente entrase con comida de fuera, ya que las tiendas que se montaban en el interior de palacio solían vender los alimentos a precios desorbitados, y por suerte no lo habían prohibido todavía. Así que pasé completamente desapercibida. Allí, en aquella esquina, podía ver a la gente aglutinarse alrededor de la siguiente actividad. Me comí las naranjas con calma y luego me bebí la mitad del agua. Tenía sed, pero no quería que me entrasen ganas de mear en mitad de la huida.

Asegurándome de que nadie me estuviese mirando, me escabullí todavía más lejos de la gente, por uno de los pasillos que llevaban hacia el interior. Había conseguido hacerme con un mapa de palacio hacía tres meses por pura casualidad, dándole su merecido a un malnacido que había intentado engañarme. Al final, le dije que si quería salvar su vida tendría que darme todo lo que llevase encima, incluida su ropa, y así fue como encontré

El precio de la inspiración

Ana Morán Infiesta

Ana Morán Infiesta

Ana Morán Infiesta (Gijón, 1981) es una autora de literatura fantástica aficionada a otorgar protagonismo a los personajes femeninos, incluso en aquellas historias donde tradicionalmente han ocupado roles secundarios. También apuesta por introducir diversidad en la mayor parte de sus obras. Cultiva tanto la novela como el relato y ha formado parte de antologías como la reciente *Iridiscencia*.

En solitario ha publicado *El renacer de la concubina del Demonio*, novela *weird noir* editada por Wave Books, o *El juego de Lax*, novela corta de ciencia ficción editada por Ronin Literario. Tiene alguna publicación más en perspectiva, pero no puede hablar de ella bajo la amenaza de ser transformada en calabaza.

Administra el blog *Historias desde la cueva*, enfocado a la literatura fantástica, el cine clásico de género y a publicar noticias sobre su carrera literaria.

Twitter: @AnaM_Infiesta

El precio de la inspiración

Ana Morán Infiesta

Estaba allí, de pie frente a ella, mirándola de modo acusador. Ese sentimiento se leía al menos en el ojo izquierdo, el único que seguía reluciendo en un rostro femenino desfigurado por las cuchilladas. Su asesino le había arrancado el derecho. En la funeraria no se habían molestado en rellenar la cuenca vacía; tampoco en maquillar las heridas. Solo habían cubierto su cuerpo con un vestido viejo, ahora teñido por la tierra húmeda del sepulcro. La fallecida alzó la mano derecha, a la que le faltaban los dedos índice y corazón, y abrió sus labios desgarrados.

—Aún no has encontrado a mi asesino —dijo con lastimera voz de ultratumba.

Teresa Valdés se levantó de la cama como impelida por un resorte, sudorosa y con el corazón latiendo con el ritmo de un millar de tambores. Otra historia le recriminaba no haber sido finalizada. Se levantó de la cama y miró el reloj de sobremesa, aunque podía determinar qué hora era sin ayuda: las cinco de la mañana.

«La hora bruja».

Ya en su despacho, encendió el ordenador y abrió un documento en blanco, sabedora de que, al menos en una hora o dos,

no podría retomar el sueño. Había sufrido ya demasiadas noches de desvelo aciago como para esperar otra cosa.

Una hora después, el cursor parpadeaba en el mismo sitio. Esa era su rutina en los últimos tres años: una libreta llena de ideas y un total de cero palabras escritas en el ordenador. Sobre la mesa, los vestigios de un pasado mejor la contemplaban retadores. Pasó el dedo por la fotografía que inmortalizaba uno de los últimos momentos dichosos de su vida. Sandra, su mujer, se reía por alguna estupidez que Teresa le estaba susurrando. Eran felices y nada les hacía intuir la sombra que se cernía sobre sus vidas. Solo dos meses después de tomada la instantánea, la inauguración de la nueva ala clínica de CyberMeds España se convirtió en un baño de sangre, merced a un atentado obra de un grupo anti medicina cibernética. Sandra fue una de las víctimas mortales; con ella, perecieron la capacidad creativa Teresa y su melena dorada, pues desde ese día su cabello era una metáfora de su sequía narrativa.

Teresa llevaba tres años intentando reunir los pedazos de su antiguo «yo» para reconstruir su existencia. Pero nada funcionaba, ni siquiera la terapia. A lo largo de sus casi treinta y tres años de vida solo un remedio la había ayudado a superar sus miedos o mantener a raya su pesimismo endémico: crear. Eso le resultaba ahora imposible. Había intentado escribir a mano; probado varios programas de escritura por voz; una vez, incluso, se había planteado grabar sus narraciones en audio y contratar a una ayudante para teclearlas. Pero nada funcionaba. Su problema no era la apatía, tampoco la falta de inspiración. Temía crear tanto como lo necesitaba. Cuando se disponía iniciar una historia, sus dedos se crispaban sobre el teclado, sin atreverse a rozar las teclas, los labios se le secaban, la garganta se ocluía. Volvía a escuchar los gritos de terror, a oler el aroma de la carne quemada, la sangre... y, ante todo, volvía a sostener el cuerpo agonizante de Sandra entre sus brazos.

¿Cómo podía crear así?

Sus ojos pasaron al premio logrado con su última novela; el muy insolente parecía disfrutar con el fracaso de su dueña.

99,9 %

Andrea Prieto Pérez

Andrea Prieto Pérez

Por la respuesta a preguntas con otra pregunta y re-tranca, se adivina que Andrea Prieto viene de Galicia. Nació en A Coruña en 1991, sin intención de alejarse ya desde entonces del mar. Licenciada en Medicina y caminando como médico residente en Psiquiatría, teclea sobre historias de todo tipo, aunque se incline más hacia la fantasía y la ciencia ficción. Le gustan las historias donde lo que importa es la vida de los personajes, que intentan no dedicarse a tirar piedras contra las ventanas, y hace poco decidió sacar esas historias de sus cajones llenos. Ha publicado *Las cenizas que quedan* (Escarlata Ediciones) y pronto saldrá *Cuando se fueron las bestias* (Ediciones Hati). Tiene relatos en varias antologías, como «Protocolos de desconexión» en *Ciudad nómada y otros relatos*, de la colección Nova Fantástica (Sportula). Colabora en la web *La nave invisible* como articulista.

Twitter: @andreapriep

99,9 %

Andrea Prieto Pérez

1.

—Cálculo realizado. Con una aproximación del 99,9 %, su valor de felicidad estimado en el día de hoy es...

Octavia puso los ojos en blanco. Tenía que realizar unas cuantas actualizaciones en Nexo, pero no había conseguido todavía un técnico del que se fiara lo suficiente como para dejarle meter los dedos en el corazón de su casa. La confianza era un proceso que llevaba tiempo, al igual que a Nexo una estimación tan básica. La ducha ya había terminado de exfoliar su piel y rociar el aceite para cuando los sensores generales emitieron un leve brillo azulado.

—Aceptable —se escuchó concluir a la voz del corazón. Era una mezcla entre el tono de Aramis Saunders, el presentador, y Beatriz Rodríguez, la cantante que la había enamorado de niña; aquella generación permitía esa configuración personalizada, que hacía que Octavia se sintiera acunada cada vez que lo oía—. Te aconsejo jabón de sándalo, tu favorito.

No recordaba que lo fuera. Sin embargo, el olor que se desprendía de las burbujas que inundaron la zona de la ducha,

cuando comenzaron los chorros con jabón, le aseguró que no era una mala decisión. El sándalo podía ser su favorito.

Salió del plato de ducha y las primeras baldosas que pisó se ocuparon de secarla. Un chorro de aire acomodó su pelo y liberó a los mechones de la humedad que se les había pegado. Las luces de la habitación se volvieron a encender para recibirla. El foco central de Nexo en el cuarto, justo a la derecha de la cama, parpadeó un par de veces, mientras las puertas de los armarios se abrían.

—El color azul favorece tu piel. El juego de lencería de ese tono es el de más alta calidad, parece conveniente para el día de hoy. El vestido de RuMaul con escote en pico, el del bordado negro en las mangas, fue muy caro y es el que más te gusta. Los zapatos de Mancil serán cómodos pero elegantes, una buena apuesta. Siempre te alegra el collar de plata falsa, porque en una ocasión te dijeron que parecía real.

Había sido Irene, en el primer curso, que era igual de ilusa que ahora. Era verdad que la alegraba aquel collar, así que se lo puso en primer lugar y se paseó desnuda por el resto de la habitación mientras Nexo se ocupaba de ir colocando las piezas elegidas delante del resto.

El holograma surgió en medio de la estancia cuando se terminó de vestir. Octavia movió los dedos para hacer que el reflejo que construía Nexo de sí misma girara y así verse desde diversos ángulos. Era cierto que aquel era su vestido favorito y el collar parecía auténtico. Quizá incluso ella misma decidiera creérselo, a pesar de que todo el mundo sabía que nadie contaba con los suficientes créditos como para hacerse con un detalle de plata.

—Nexo —le pidió, cuando se contempló también en ropa interior.

Su cuerpo brilló primero en color verde. La felicidad escaseaba, pero ella prometía todos los días que hacía lo posible para mantener los niveles en lo más alto. Se había esforzado el día anterior con el proyecto para el trabajo, había hecho lo correcto cuando había elegido a Sandy de ayudante y estaba agradecida por el aumento de créditos tras el éxito de su noticia en el

Lux tenebrae

Leticia S. Murga

Leticia S. Murga

Es posible que hayas oído hablar de Leticia S. Murga como «la mitad de Kendall Frost». Estudió Traducción e Interpretación y desde hace años se dedica a la localización de videojuegos. Ha trabajado en títulos como *World of Warcraft*, *Starcraft 2*, *Wildstar* o *The Long Dark*, por mencionar algunos. Confiesa que se metió a traductora porque era una escritora frustrada y aquello se parecía bastante. Por suerte, a día de hoy puede decir que esa frustración es cosa del pasado y que ya no le da vergüenza decir que es escritora. Escritora. ¡Qué gusto poder decirlo! Ha publicado algunos relatos en antologías y es coautora de la serie *Diabolus in Musica* publicada por la editorial Café con Leche. También es uno de los siete integrantes de Sinécdoque y espera que le queden muchas aventuras literarias por vivir.

Twitter: @Akitania

Lux tenebrae

Leticia S. Murga

I.

«Ocho horas aguantando gilipollas todos los días para esto. Ya solo me falta que me cague un pájaro encima para que el día esté completo», pensó Belén mientras abría la maltrecha puerta de su apartamento, por llamarlo algo. Aquel zulo en El Carmel era lo único que podía permitirse pagar con su miserable sueldo de mileurista, pero no le quedaba más remedio que conformarse. Ser barista en una cadena internacional de cafeterías no era en absoluto más glamuroso que ser camarera en alguna tasca de barrio y, por mucho que sus clientes se las quisieran dar de interesantes, tampoco superaban en absoluto a los de la anteriormente mencionada tasca. Bueno, quizá en la escala de fastidio sí estuvieran por encima.

Aún maldiciendo la burbuja inmobiliaria que había subido los precios del alquiler en Barcelona, dejó el correo sobre la mesita de café que quedaba empotrada entre el minúsculo sofá y la televisión, y desapareció en el dormitorio para quitarse la ropa en la que llevaba enfundada todo el día y ponerse una camiseta como única prenda. Al menos en su carísima caja

de zapatos podía permitirse vivir sola y andar como le diera la gana por el piso. Cogió un refresco de marca blanca de la nevera y se dispuso a ojear el correo. Separó los folletos de propaganda, revisó un par de facturas en las que prefería no pensar a aquellas alturas del mes y su mirada se detuvo en un sobre blanco que no tenía destinatario ni remitente. Lo abrió esperando encontrarse un flyer o algo parecido, pero se sorprendió cuando encontró un par de cuartillas manuscritas en el interior.

Me alegro de que hayas recibido esta carta, no sabía si llegaría a su destino o si, por el contrario, se perdería en los anales de la existencia. Con Correos nunca se sabe... Solo quería contarte los sucesos que acontecen aquí desde hace unas semanas, pues yo no sé bien qué conclusiones sacar aún. Lo que sí tengo claro es que se trata de un fenómeno de lo más curioso.

Belén sintió el impulso de hacer una bola con aquella carta y tirarla a la papelera en la que pronto acabarían los folletos de propaganda, pero no podía despegar los ojos de aquel trozo de papel. Era algo superior a ella. Además, había algo en aquella caligrafía que le resultaba extrañamente familiar; le costaba librarse de la sensación de que esa escritura ya la había visto antes, aunque no acertaba a recordar dónde. Sabía que la curiosidad mató al gato, pero ¿qué mal podía hacerle perder unos cuantos minutos de su vida leyendo aquella carta?

Verás, hace unos días, un domingo cualquiera para ser más concretos, ocurrió algo totalmente inesperado: no amaneció. Tal y como lo lees: se hizo de noche; el cielo se oscureció progresivamente como cada crepúsculo, la luna y las estrellas hicieron su aparición, quizá con un tono ligeramente más verdoso que de costumbre, pero a nadie le llamó la atención, y la ciudad se sumió en la calma habitual que precede al amanecer.

Calma que dio paso a un cierto nerviosismo cuando, de madrugada, el sol no hacía aparición.

Huesos de manzana

Marina Tena Tena

Marina Tena Tena

Devoradora de libros profesional y escritora aficionada desde la infancia. Aunque en su currículum pone que trabaja de profesora y de educadora social, le pasa como con lo de escribir, realmente no sabe si es su trabajo o si tiene la enorme suerte de vivir de algo que le encanta hacer.

Aunque ha publicado varios microrrelatos que han sido elegidos como finalistas en antologías de Diversidad Literaria o en la antología poética *La dalia violeta*, de la editorial Hati, lo que más le gusta es escribir terror, por la complicidad que se establece entre unos lectores que se sumergen en el mundo creado para que se dejen llevar por sus sentidos, sus demonios escondidos, y entremezclar la diversión con la inquietud.

Ha publicado el relato “Vals” en la antología *Siglo de sombras* y “La menor” en *Melodías infernales*, ambas de la editorial Saco de Huesos. Ha sido finalista del II Premio Ripley, con el relato “Las Raíces”. “Nuestra canción” fue elegida para *Sangre digital* de la editorial Tinta púrpura. Su primera novelette, *Legado de plumas*, acaba de salir a la venta con Literup.

Twitter: @maggeena

Huesos de manzana

Marina Tena Tena

El grito me hace detenerme en seco.

Había acelerado el ritmo porque se estaba haciendo tarde y el sol buscaba refugio tras las montañas. Había corrido más lejos de lo que había planeado. No es que sea muy buena planeando nada últimamente. No había planeado equivocarme de carrera. No había planeado ser una una decepción para mi madre. Sobre todo, no había planeado insultar a Bea de aquella forma cuando me dijo que lo nuestro había terminado. Ni siquiera tendría que haber sido una sorpresa, había sido una novia espantosa, una hija horrible, una estudiante desastre y una amiga insoportable. Mis amigos tenían más aguante, pero incluso los más cercanos me habían dicho que necesitaba dar un cambio. Mi madre fue menos suave. ¿Cómo iba a culparla? Había perdido la batalla para que siguiera yendo a clase o terminara segundo de Derecho. Me había visto refugiarme en mi habitación sin querer hablar con nadie desde lo de Bea, saliendo solo para comer algo de basura y volver a reptar a mi refugio de autocompasión.

—¿Cuánto hace que no te duchas, Carmen?

—Para qué.

Para qué ducharme si era un ser absurdo. Mi madre soltó un suspiro mirando con asco el estado de mi habitación: el montón de ropa sucia y ropa limpia, las bolsas vacías de doritos de marca blanca, las tazas sucias con restos de cereales...

—Esto no eres tú. Siempre te esforzabas en hacerlo todo bien.

—La gente cambia —rezongué con desgana. Mi cambio había sido lo peor. Ojalá se diera cuenta y se fuera de una vez. Me avergonzaba de que siguiese en la puerta, mirando el desorden sucio en el que vivía.

—He hablado con tu padre.

Arqué una ceja, sorprendida. No se hablaban desde que empecé el colegio. No más que para lo imprescindible. Mi madre recogió unos vaqueros, miró alrededor y desistió de poner orden, con un suspiro.

—Vas a irte con él, unas semanas.

—¿A su pueblo en el fin del mundo?

—Aunque fuera a la Antártida, Carmen. Vas a irte con él. No puedes seguir así, hija. Mira esto... No puedes.

Ni siquiera sonaba enfadada. Había preocupación y derrota en su voz. Mi madre: la que tenía un genio terrible y era inflexible con sus normas. Salir del armario fue un paseo comparado con la primera vez que llevé a casa un suspenso. Porque tenía razón, yo nunca he sido así. Antes no suspendía. Era la hija perfecta, la estudiante aplicada, la amiga atenta que siempre planea las fiestas de cumpleaños y con la que podían contar para lo que hiciera falta. Pero en algún punto me he convertido en otra, en alguien extraño, sin ambición, sin fuerzas.

Sin nada en lo que destacar.

Mi madre ni quiera estaba enfadada. Fue como un golpe: verla tan rendida. Fue eso lo que me hizo darme cuenta de lo mal que me veían. Lo mal que estaba.

Alguien ha gritado. Lo he escuchado por encima de la música del MP3, y me quito los cascos respirando fuerte. Empieza a hacer frío. El pueblo de mi padre está en las laderas de la